

Varios museos de Corea del Sur se reparten la herencia artística de Samsung

La colección de Lee Kun-hee incluye obras de Picasso, Miró, Monet y Chagall

MACARENA VIDAL LIY, Pekín
Obras de Picasso. De Miró. *Familia de centauros marsupiales*, de Dalí. *Le bassin aux nymphéas*, de Claude Monet. *Les Amoureux aux Bouquets Rouges*, de Marc Chagall. Son algunas de las 23.000 piezas de arte y antigüedades que los herederos del conglomerado surcoreano Samsung van a donar a museos de su país, tras la muerte en octubre de Lee Kun-hee, patriarca del clan y fundador del mayor imperio empresarial del país.

En un comunicado emitido el miércoles, la familia de Lee indicó que va a pagar la suma de unos 12 billones de won surcoreanos (unos 8.900 millones de euros) en impuestos de sucesión. Es la cifra más alta en la historia del país por ese concepto: las leyes surcoreanas gravan las grandes herencias hasta en más del 50% y la fortuna personal del fundador de Samsung, el hombre más rico de Corea del Sur, se calcula que está en torno a los 20 billones de won.

La mayoría de las obras se donarán a dos museos. El Museo Nacional de Corea recibirá 21.600 piezas, la mayor parte antiguas y reliquias culturales, entre las que se encuentran unas 60 piezas catalogadas como tesoros nacionales por el Gobierno. Además, el Museo de Arte Moderno y Contemporáneo (MMCA), que tiene cuatro sedes en el país, recibirá más de 1.600 obras de maestros modernos, tanto coreanos —nombres como Park Soo-Keun o Chang Uchin— como internacionales. Otras irán a museos más pequeños, especializados en determinados artistas surcoreanos.

La donación ayudará a ampliar el impacto internacional del MMCA, que hasta ahora había concentrado su colección en artistas nacionales y no contaba con obra de extranjeros, como Picasso o Monet. El centro planea organizar en la segunda mitad del año una muestra con algunas piezas recibidas, el mayor regalo privado de su historia.

El valor de lo recibido por los museos puede sumar, según calcula la agencia de noticias surcoreana Yonhap, cerca de dos billones de won (casi 1.500 millones de euros). No están incluidas piezas de Bacon, Giacometti o Rothko, que se exponen en el Museo Leeum —propiedad de la fundación Samsung— en Seúl y

de las que medios surcoreanos conjeturaban que podrían verse incluidas en la operación.

El ministro de Cultura, Hwang Hee, expresó en una rueda de prensa su "profunda gratitud" a la familia por "enriquecer" los fondos culturales nacionales. Pero no contestó a si la donación responde a un intento de Samsung de crear un clima benevolente en torno a Lee Jae-yong, su vicepresidente y único hijo varón del fundador. Él es la persona a cargo del gigante de la electrónica desde la enfermedad de su padre y fue encarcelado en enero, tras haber sido declarado culpable de cargos de corrupción.

Samsung indicó en un comunicado: "Esperamos que la dona-



Les Amoureux aux Bouquets Rouges, de Chagall, una de las obras de la colección.

ción contribuya a conservar el patrimonio cultural nacional y a dar un impulso al derecho del público a disfrutar de la cultura, así como a la investigación en el campo de la historia del arte, ya que no hay precedentes de una donación de estas dimensiones". El grupo, que comenzó como una empresa de comercio de verduras hace más de 80 años, es hoy la principal compañía de Corea del Sur, donde su negocio representa más del 20% del PIB anual del país.

El presidente de la Asociación de Galerías surcoreana, Huang Dal-seung, ha declarado al diario *Korea Herald*: "Es una buena noticia que las valiosas obras de arte de Lee se donen a la sociedad y se entreguen a museos nacionales". Sin embargo, la profesora Choe Byong-suh, de la Universidad Feminina Dongduk, declaró al mismo medio: "Habrá sido mejor mantenerla completa en un solo lugar para exponerla como la colección de Lee Kun-hee. Eso habría atraído más atención y visitantes".



Constantino Bértolo, en marzo en Madrid. / JULIÁN ROJAS

CONSTANTINO BÉRTOLO Escritor y editor

"La gente confunde lo personal con lo sectario"

ANDREA AGUILAR, Madrid
La idea era armar un retrato colectivo de la agitada historia de España desde finales del siglo XIX hasta la crisis de 2008 a partir de libros publicados en ese periodo. Este encargo le llegó al crítico y editor Constantino Bértolo de su colega y fundador del sello Periférica, Julián Rodríguez, fallecido en 2019. Entre ellos hablaron mucho de esa lista imaginada y Bértolo, finalmente, se propuso señalar esos poemarios, ensayos y sobre todo novelas del último siglo que le han permitido construir, en comentarios de apenas un par de folios, *¿Quiénes somos? 55 Libros de la literatura española del siglo XX* (Periférica).

Durante el confinamiento mató la tarea, releyó, fue descartando y sumando. "Se trataba de hacer una recopilación más que una selección de los mejores. Porque ¿mejores para qué? La calidad literaria es algo complejo y complicado", argumenta Bértolo (Lugo, 74 años) en una terraza próxima a su domicilio madrileño en el barrio de Argüelles. "Este libro está escrito como crítico cultural", apunta, antes de subrayar que su gusto personal, "caprichoso" y propenso a conmovirse con "cualquier historia con un gallego en un pueblo", ha quedado mayormente fuera. "Salvo que tu elección se corresponda con el canon, la gente confunde lo personal con lo sectario", defiende. "Son libros que me interesan más allá del gusto. No tengo la arrogancia ni la ignorancia de intentar hacer un canon", señala, y remata enfatizando que "el canon es censura".

Han quedado también excluidos de *¿Quiénes somos?* libros escritos en lenguas que no son el castellano —"solo podría incluir los escritos en gallego que puedo leer o alguno en catalán, en eus-

kera habrían tenido que ser traducciones"— y no están títulos ampliamente traducidos y celebrados dentro y fuera de España de autores contemporáneos como Javier Marías, Almudena Grandes, Antonio Muñoz Molina, Andrés Trapiello, Javier Cercas o Enrique Vila-Matas. "La literatura sirve para aprender. Hay gente que se relaciona con ella de una forma religiosa, pero en mí hay una voluntad laica. La lectura que propongo no es de *homo literatus*, sino como ser social", explica, y añade que tampoco ha querido hacer sociología. "Esta lectura del pasado es hacia el futuro que yo quiero para este país, más justo socialmente".

Los libros que van marcando

De Benet a Millás y Loriga

En *¿Quiénes somos? no faltan títulos como Lo peor de todo*, de Ray Loriga; *La buena letra*, de Rafael Chirbes; o *Belinda y el Monstruo*, de Luis Magrinyà, en los que Bértolo —director de Debate entre 1990 y 2003 y de *Caballo de Troya* hasta 2014— trabajó como editor. "Belinda cuenta la Transición y el paso a la democracia. Y en el libro de Ray ni siquiera se sabe quién era Franco", reflexiona. Juan José Millás, añade, "cuenta la Transición de forma perfecta" en *Letra muerta*, como también los poemas de Blanca Andreu. En *Las pistolas*, de Félix Rotaeta, Bértolo ve "el anuncio de la posmodernidad", y en *Herrumbrosas lanzas*, de Juan Benet, una lectura de la Guerra Civil como una batalla caínica.

su ruta, abarcan desde *La voluntad*, de Azorín, publicada en 1902, hasta *Cultivos*, una obra precisamente de Julián Rodríguez que, más allá del homenaje que el autor ha querido rendirle, engancha con el mundo rural, uno de los ejes temáticos que sostiene la lista. Los otros asuntos que Bértolo enumera en la introducción son: España como problema; proletariado y revolución; el feminismo; el poder de la Iglesia; Guerra Civil y posguerra; resistencia antifranquista; Europa como destino; la cultura de la Transición y el fin del espejismo.

Historia literaria

"Esos temas van recorriendo la historia de España y la historia de una literatura que muestra la transformación que se produce en la manera de mirar la realidad", explica Bértolo. En el apartado de literatura fascista no incluye poesía, sino las novelas de Rafael García Serrano, *Eugenio o proclamación de la primavera* —que define como "cursi"—, y *Leoncio Pancorbo*, de José María Alfaro. Encuentra en esos libros claves para entender el discurso de la ultraderecha de hoy.

"No he buscado equilibrios", defiende Bértolo que, entre los 13 títulos escritos por mujeres de su libro, incluye *El grito inútil*, de Ángela Figueroa Aymerich; *Nosotros, los Rívero*, de Dolores Medio, y *Tea Rooms. Mujeres obreras*, de Luisa Carnés, pero no, por ejemplo, *Celia en la revolución*, de Elena Fortún.

Según Bértolo, uno de los grandes aciertos por parte del editor Julián Rodríguez fue marcar el tope del libro en 55 títulos, "un número que no es redondo". Quizá el acierto suyo ha sido abrir el debate porque todo título que se sumase a esta lista implicaría quitar otro. La discusión está servida.